

## EL LIDER FASCISTA EN LA NOVELA INGLESA DE NUESTRO TIEMPO

Siendo fenómeno muy de nuestros días el auge de la novela política y politizada, convendrá otear sus orígenes mediante el estudio de dos importantes libros ingleses de ese género, sin duda dispares en valor inventivo, argumental y expositivo, pero merecedores de comentario común, por lo que contienen de afinidad. *Canguro*, de Lawrence, y *Contrapunto*, de Huxley, coinciden en darnos las imágenes de jefes fascistas aspirantes a la dictadura—uno en Australia, otro en Inglaterra—que no llegan a realizar sus sueños por morir los dos violentamente. Las dos novelas son casi estrictamente contemporáneas, la primera datando de 1923 y la segunda de 1928, por lo que las preocupaciones más o menos proféticas de sus autores responderán a algún estímulo a la vez único y doble. También, de parecido estado de ánimo—no igual—ante los hechos. Si Huxley rechazaba a su imaginado líder, Lawrence duda largamente entre ello y la aceptación. Lo importante es la paridad de tema en momentos en que no existía en el mundo otro régimen característicamente fascista que el italiano, cuando ni siquiera era previsible la toma del poder por el oscurísimo Hitler.

Los dos ilustres novelistas citados mantenían buena relación, y consta que Lawrence aparece en la novela de Huxley más o menos disfrazado. Con toda seguridad, mantendrían cambios de impresiones acerca del tema caro a ambos, y no es menos probable que la crítica inglesa haya tocado, y hasta apurado, la cuestión, desmenuzando las coincidencias y discrepancias de las dos ilustres novelas. No trataré de documentarme sobre ello, puesto que sólo me importa estudiar la cuestión desde un punto de vista español y propio.



Los más de los ingleses debieron creerse insultados por Huxley y por todo aquel que sugiriera la posibilidad de que su país pudiera ser incubadora primero, solio y campo triunfal después, de un régimen totalitario de extrema derecha, lo que, para hablar claro, suele ser llamado fascismo. Pero la sugerencia, a la que tan bien sirve el ágil talento del gran novelista, está lejos de ser absurda, porque, en punto a nacionalismo exacerbado, pocos pueblos pueden ser cotejados con el británico. Ayudan a ese sentimiento causas geográficas tan irreversibles y contundentes—las de su aislamiento insular—cual otras de orden his-

tórico no menores en peso y subsidiarias de las anteriores, como la expansión naval, la vieja rapacidad colonial, el desprecio por las razas sometidas en todo el planeta, y el orgullo de primerísima potencia a que estos y otros desmanes condujeron. Asimismo, el papel de gendarme internacional que la Gran Bretaña se adjudicó por cuenta propia, prohibiendo a otras tierras lo que entendía ser beneficioso para su consumo interno. Los ingleses podían cortar la cabeza a Carlos I, porque para eso eran ingleses; pero los franceses—que no eran otra cosa que franceses—no debían hacer otro tanto con Luis XVI sin incurrir en las iras del gendarme. La represión antivaticana de Enrique VIII fue de inaudita violencia, pero si algún otro país trataba de imitar modestamente estos ademanes era prontamente anatematizado y motejado de salvaje por el gendarme. Tales ejemplos, a los que pudieran seguir otros muchísimos, no tienen más explicación que la unilateral, la de *quia nominor leo*.

El mantenimiento de una monarquía acatada hasta en sus convenciones más arcaicas por todos los credos y clases; el casi sagrado fervor para con toda especie de tradición, con tal de que sea inglesa; el sorprendente comportamiento de los partidos políticos, con la peregrina consecuencia de que—al menos en lo referible a asuntos exteriores—los laboristas resulten ser más conservadores que los *torys*; la perseverancia arqueológica de pesos y medidas diversos de los del resto del mundo para afianzar hasta en las cuestiones menos capitales los obligados aislamientos y diferenciaciones; todas estas y mil más certezas establecen la cimentación de un agudo sentir nacionalista, al que tan sólo faltó el campo abonado de la desesperación alemana para proceder en sentido violento, el de la sustitución del nacionalismo pacífico y tradicional por el armado y acogotador. Es verdad que Hitler y Mussolini hacían de la petición de colonias uno de los razonamientos más firmes de su aventura, y ése faltaba a Inglaterra, sobrante de imperio colonial. En cuanto al azar de haber perdido o ganado la guerra, no importaba demasiado después de 1918. El primer estado fascista fue Italia, que, al menos en teoría, la había ganado.

No cabe apretar aquí, en lo que tan sólo es un inciso a propósito de un par de novelas inglesas novecentistas, la suma de propensiones o repugnancias respecto al fascismo hallables en Inglaterra. Para concluir el inciso cuanto antes mejor, sólo hace falta recordar aquel triste día—30 de septiembre de 1938—en que Neville Chamberlain, viniendo de Munich de ponerse a las órdenes del Führer, fue aclamado en el aeropuerto de Heston por muchedumbres frenéticas de alegría, que aseguraban a gritos ser el indigno viejo *a jolly good fellow*. Pero esto

no lo había podido prever Huxley en 1928. Le sobraba con conocer la existencia de Oswald Mosley.



Las posibilidades de fascismo australiano, con ser más vagas, no es dudoso que contuvieran raíces tan firmes como las advertidas en Inglaterra. Es fama que los países que han pasado por el estado previo de colonia y que han logrado su personalidad autónoma o independiente mediante la acción de un criollismo descendiente del colonizador se caracterizan por mayusculizar vicios y virtudes—pero, sobre todo, vicios—de los fundadores. Y en aquella Australia que Lawrence nos pinta con muy relativa simpatía, la existencia de grupos supernacionalistas parece incontestable. Los australianos habían regresado de una guerra ganada. Querían continuar gananciosos, selectos, como únicos protegidos y protectores de su vasta tierra.



Por razones cronológicas es obligado comenzar con Lawrence y con su relativo héroe, Canguro. Hablemos de uno y de otro.

Más de un ilustre inglés conocedor de sus clásicos y contemporáneos me ha sorprendido al dictaminar la total preferencia de David Herbert Lawrence sobre Aldous Huxley, y cada vez que he escuchado esta opinión he procurado releer al que para mí no es sino muy segundo. Y no he modificadó la escala jerárquica. Lawrence me queda lejano, esquivo, frío. Más de una vez, hasta desagradable, lo que no obsta para reconocer sus dotes de escritor y de narrador. No comprendo cómo se puede recomendar seriamente para el conocimiento de Méjico *La serpiente emplumada*, que ni siquiera es acreedora al elogio acabado de pronunciar. Me parece lamentablemente fácil y despiadado el planteamiento de *El amante de Lady Chatterly*, porque para la gran juerga obscena de la Lady y el guarda no se hacía imprescindible que el marido de aquélla estuviera paralítico. Otras novelas del autor me parecen bastante menos defendibles y ninguna de ellas magistral, al menos, en la medida en que creo lo son las de Huxley. Pero a la que importa llegar es a *Canguro*.

Es novela de pobre argumento, casi desprovista de trama. No tienen categoría de tal las descripciones del país, las relaciones del autonarrador y de su esposa con los vecinos, ni los recuerdos poco gratos de la vida anterior en Inglaterra. Cuando Somers—Lawrence—hace memoria de determinadas vejaciones de que fue objeto durante

la guerra de 1914-1918, la llevada a cabo por su país contra el Kaiser, no deja de molestar su acritud contra Lloyd George, que tenía que hacer una guerra y ganarla, con más verdad, menos aspavientos y muchísimo menos teatro que Winston Churchill un cuarto de siglo más tarde. Pero la guerra era contra el Kaiser, y Lawrence no se manifiesta contra Guillermo, sino que se limita a citarlo como al hombre «a quien el hado destruye», lo que no deja de ser sospechoso. En todo caso, fácil de atar con su lucha de simpatías ascendentes y descendentes para con Canguro, el fascista australiano.

Aparece éste al final del primer tercio de la novela, dejando ver cómo todo lo anterior sólo ha sido preparación para el encuentro, que, de este modo, gana en solemnidad. El líder fascista australiano es un abogado de pingües ingresos, buenas mesa y bodega, vivir señorial. Se llama Benjamín Cooley y ha aceptado gustosamente el apodo de Canguro en homenaje al ejemplar más típico de la fauna de su país. Lo curioso es que el autor visitante, inclinado a sugestionarse por la personalidad del jefe, remacha: «era, ciertamente, un canguro». Y lo describe a continuación: «Tenía una cara larga, pendular y delgada, con los ojos engastados uno junto al otro detrás de los lentes. Su cuerpo era firme y robusto. Era un hombre como de cuarenta años, atezado, pelo negro cortado arrente y una cabeza pequeña, un tanto inclinada hacia adelante, en lo alto de su corpachón, casi tímido y sensitivo. Al andar se inclinaba hacia adelante, y daba la impresión de que sus manos no le pertenecían realmente. Pero chocaba la mano con gran firmeza. Era alto de cuerpo; pero su modo de bajar la cabeza y sus hombros caídos restaban empaque a su talla». Prosiguiendo la descripción, el visitante —Somers-Lawrence— descubre en Canguro, con toda seguridad, sangre judía, «lo mejor que hay en la sangre judía».

Con ella o sin ella, Canguro no parece poseer el tipo apasionante, decidido, altanero y triunfador del verdadero líder fascista. Pocas páginas más nos bastarán para entender que el señor Cooley «era francamente feo; su pendulante rostro judío, su espalda arqueada, su vientre esférico en un chaleco costoso y sus gruesas pantorrillas en un pantalón de rayas color gris oscuro». Es durante esta observación cuando Somers-Lawrence, luego de pensar en lo grotesco, asevera que Canguro era «hermoso, hermoso como una flor semitropical combada en un árbol».

Entonces y después, asistimos a las declaraciones políticas de Canguro, las que por gran desgracia no son ni originales ni profundas. Casi parecen más cuantiosas las de uno de sus lugartenientes, el que ha llevado al novelista a ver al líder. Seguirá un largo balance de

adhesiones vehementes y de retrocesos pensados en el que, alternativamente, Somers-Lawrence se enamora y se desenamora del líder, todo ello con un mecanismo que llega a entristecer. Canguro, según la descripción preinserta, no posee ninguna de las dotes físicas, de gran espectacularidad, con que debe contar un conductor de masas fascistas; pero sí ha producido un claro impacto en el narrador, y uno y otro continuarán hasta el final de la novela jugando un juego subsexual que convida, muy por lo menos, a estupor. El autor podrá ser absolutamente viril, incontestablemente viril, pero este lúdico avanzar y retroceder en el amor —no amistad ni adhesión— de Canguro acaba por repeler, porque el mismo juego es practicado por éste. El final de Canguro es sintomático. Un mitin socialista o laborista es torpedeado por los fascistas de Canguro, hay disparos por ambas partes, Canguro es alcanzado en el vientre y morirá pocos días más tarde en un hospital. La última vez que Somers acude al hospital para visitarle, ya trocada la simpatía en indiferencia, el diálogo alcanza un *climax* de ternura desesperada por parte del moribundo, de dureza por la de Lawrence que, no obstante su artificiosidad, no carece de grandeza:

«—Diga que me ama.

—No. No puedo decirlo.»

No puede decirlo ahora, cuando Canguro, con varios balazos en su vientre, va a morir, a mil leguas de sus anteriores jactancias. Pero Somers-Lawrence sí hubiera estado dispuesto a declararle una irrazonada admiración antes, cuando el líder australiano, con toda su compleja fealdad, llegaba a parecerle hermoso. Con lo que se hace imprescindible tomar nota de las reacciones feminoideas del novelista, aun más oscuro aquí que en otros de sus libros. El castigo más adecuado consistiría en que si alguna vez el espectro de Lawrence se me apareciera y me demandara una opinión favorable sobre la novela comentada, la contestación sólo podría ser una:

—No. No puedo decirlo.

No podría decirlo. Leí *Canguro* por vez primera en 1937, y no me gustó. Me tomé el trabajo de releer el volumen dos o tres veces desde entonces, con ánimo de rectificarme, y no lo he conseguido. Por sinceras que sean las idas y venidas de Lawrence sobre un documento humano y vivo, su versatilidad llega a molestar al lector lo mismo que molestaba a Harriet, la sufrida esposa de este pequeño monstruo egoísta.

¿Y el frustrado dictador fascista de Australia, Benjamín Cooley (a) Canguro? Mis modestos conocimientos sobre política novecentista de Oceanía me impiden dictaminar sobre la autenticidad del modelo. Es de creer que existiera realmente y que más o menos novelado, hubiera

en Sidney un personaje de parecido talante, porque no pertenece a las dotes de Lawrence la creación de tipos. Ese su modo de novelar, berroqueño por una parte, insistentemente introspectivo por otra, frío y duro, casi convidando a la antipatía, endeble en lo puramente fictivo, hace creer en la veraz existencia de Canguro. Por lo demás, el novelista ha hecho bien en hacerlo desaparecer, porque con su programa, ese líder difícilmente hubiera llegado lejos. Y, en definitiva, el protagonista de la novela no es Canguro, sino el narrador, el difícil Lawrence. De éste decía Huxley, que parecía conocerlo bien, que era un puritano. En todo caso, un difícil puritano.



*Contrapunto*, de Huxley, no tiene con la novela de Lawrence más punto de contacto que el anunciado, la aparición, semblanza y fin de otro aspirante a la dictadura fascista. Pero en cuanto a calidad literaria, a riqueza de invención, a multiplicidad de situaciones, a narración dinámica, el cotejo se hace imposible. Igual que leí varias veces *Canguro* para tratar de mejorar la primera opinión que me mereciera, he hecho lo mismo con *Contrapunto*, esperando que otra lectura achicase la primera y óptima impresión. No ha sido así, y, por el contrario, la bondad del libro crece incesantemente. Es una verdadera obra maestra de la novela inglesa del siglo xx.

¿Inglesa? No todos sus compatriotas opinan lo mismo. No, al menos, los que levantan a Lawrence sobre Huxley, advirtiendo en éste un ingenio más francés que británico, con posibles grandes débitos a Voltaire, pese a que sus rasgos de humor parezcan específicamente insertos en la mejor tradición inglesa. Sin duda, la característica mejor de Huxley no es el humor, sino el inagotable caudal de ingenio, con multiplicidad de recursos, y todo ello luce a placer en *Contrapunto*.

La magistral arquitectura de esta gran novela reside en el más difícil de los alardes. El autor presenta una porción de personajes —más o menos conectados unos con otros— y cada uno de ellos pudiera ser acreedor a la jerarquía de protagonista principal. Todos portentosamente descritos y animados, todos diferenciados y personalísimos, todos integrantes de un extenso juego vital, son merecedores, todos y cada uno, de que la narración seleccione al más inesperado para cerrar en él la trama. Es lo que esperaría el lector si alguna página le aburriera o impacientara, hecho que jamás ocurre, porque el autor no lo permite, dirigiendo a sus gitezuelas con mano maestra. Tardamos mucho en saber si el protagonista es el viejo pintor Bidlake, o el devoto borrachín Carling, o el biólogo Lord Edward, o cualquier

otro de los caracteres primorosamente cincelados por Huxley. Tan sólo al final de la novela es dable conocer que el protagonista —pasivo en cierto modo, y atrozmente pasivo— es Everard Webley, el líder fascista.

Por supuesto, el primer contacto con Webley se opera muy al principio de la novela, igual que con tantos otros. De momento, como un figurante más: «Un hombre muy grande y corpulento que cruzaba con peligrosa velocidad el salón lleno de gente». Muchas páginas más adelante, se reitera el mismo ímpetu de Webley: «La puerta de la sala fue abierta violentamente, como si hubiera explotado una bomba en el exterior. Everard Webley entró con un caudal de sonoras excusas y calurosa bienvenida». Y no se procede a describir físicamente al líder, porque, excepción hecha de sus ojos, basta para imaginar su presencia lo brusco de sus maneras, el seguro autoritarismo para con sus hombres, el reiterado sonsonete del programa fascista.

Es innecesario antologizarlo, porque sus puntos son los archiconocidos de todos los fascismos: «Queremos el gobierno de los mejores, y no el de los más numerosos... Los demócratas de hoy son más estúpidos que sus abuelos liberales... Creemos en la aristocracia, en la jerarquía natural... Debemos tener el coraje de nuestro estado de hombres fuera de la ley...». Etc., etc. Son frases que nos suenan. Lo alarmante es que, mientras Canguro exponía otras semejantes en el ámbito privado de su casa de Sidney, Webley las vocea en Hyde Park, montado en un caballo blanco y dirigiéndose a un millar de Ingleses Libres. Resulta que su Hermandad de Ingleses Libres, todos uniformados de verde, cuenta con sesenta mil afiliados en Inglaterra.

Ahora, al cabo de bastantes años desde la publicación de *Contrapunto*, cuando la única calificación que le compete es la de total obra maestra, no es lícito olvidar que, cuando apareció, había efectivamente un jefe fascista en Inglaterra. Un insensato de la propia generación del novelista, Oswald Ernald Mosley, que había pasado por todas las coloraciones políticas vigentes, acabó fundando la Unión Fascista Británica, de actuación legal hasta el mismo comienzo de la guerra de 1939, no sin intentar rehacer el partido después de 1945. No alcanzo a comprender bien cómo no llegó a contar con millones de afiliados al actuar más sincera y desnudamente que Chamberlain, pero lo cierto es que no los obtuvo. Quizá el hombrecillo no valía un penique, y puede ser que Huxley le concediera no pequeño favor al trasvasarlo a la impetuosa personalidad de Webley, más acorde con la idea del agitador ambicioso, autoritario y totalitario.

Así, Huxley, justicieramente, no rebaja inmisericordemente a Webley, precisamente porque, siendo su enemigo, desea darle un mínimo

de prestigio humano. Se burla de él, de su torpe ideario, de su Hermandad de Ingleses Libres, pero con el debido grado de cortesía de adversario para conducirlo a la muerte. No, Huxley no duda ante el jefe fascista. Si Lawrence se anduvo auscultando en su interior el jadeo de una larga lucha de sentimientos en pro y en contra de Canguro, Huxley no titubea ni por un solo instante. El novelista ha condenado a muerte al agitador. Este no morirá de unos balazos disparados ciegamente durante la confusión de un mitin interrumpido, como Canguro, sino que será asesinado.

Un asesinato oscuro, de corta y casual preparación. Antes de que se produzca, el gran novelista tiene la gentileza de presentarnos un aspecto humano del jefe fascista, el de sus relaciones amorosas con una mujer casada, dispuesta a caer. No caerá. Es, al contrario, la procura del no consumado adulterio la que lleva a Webley hasta donde le esperan sus matadores: Spandrell, un hombre amargado por razones familiares, y un joven comunista, Illidge. El asesinato es tan sordido como rápido y eficaz. Se ha terminado Webley. Pero el novelista, adversario del agitador, no hace apología del asesinato. De los dos cómplices, el comunista Illidge se da cuenta de que la desigualdad, la miseria y la lucha social nada tienen que ver con el lamentable cadáver del presuntuoso Everard Webley. Spandrell, el autor material de la muerte, buscará la expiación autodenunciándose y haciéndose matar por los Ingleses Libres. Espectador de esta ejecución será Rampión, el personaje de la novela que disfraza el verdadero nombre de Lawrence. Extraña complicación. Parece como si Huxley hubiera querido dar una lección, en todos los sentidos, a su colega en letras.

Con lo que me rebelo de nuevo contra la gratuita superestimación de David H. Lawrence y contra la injusta subvaloración de Huxley por sus compatriotas. He aquí que J. B. Priestley acusa al último de que «sus novelas no han sido creadas, sino hechas» y de que «su autor no se interesa en realidad por las personas, sino por las ideas». Precisamente, si Huxley da primacía a las ideas es por el noble propósito, común a toda su labor, de presentar constantemente a personas rebosantes de inteligencia, de contenido humano e ideológico. Para él, la intervención del sexo es un accidente más de los que mueven a las criaturas, y no el dominante, cual en el caso de Lawrence. Y es en virtud de esa limpieza y de esa castidad —y no por el predominio de un intelectualismo aséptico— como Huxley puede presentar la figura de un jefe fascista con entera objetividad para con la persona y no disimulada aversión contra la idea —más aún, con piedad para con su desastroso final— en tanto que Lawrence presta pequeño interés a la fraseología de Canguro y sólo es fascinado o rechazado por su pre-

sencia física. Todo ello, para negarle un microscópico consuelo de adhesión—el amor demandado es excesivo—en el lecho de muerte. Una piedad que Huxley no niega al cadáver de Webley.

Es lástima que James Joyce no nos dejase una tercera novela sobre personajes fascistas, lo que hubiera ayudado mejor a establecer calidades en la ficción inglesa de nuestro siglo. Sin ella, enfrentados Lawrence y Huxley, todo nuestro aplauso va hacia el segundo.—JUAN ANTONIO GAYA NUÑO.

## EL ARTE DE LA BIOGRAFIA \*

La biografía es un género extraño que no se sabe dónde clasificar. La mayor parte de las veces queda fuera de los premios literarios, por esta imposibilidad de ser clasificada. No es poesía, no es novela, no es cuento, no es historia, no es ensayo, no es crítica, dicen los jurados. Sin embargo, la biografía, en toda su complejidad, representa a todos los géneros literarios. La biografía es historia, poesía, novela, cuento, ensayo, crítica, erudición y filosofía, un vasto mundo complejo, abarcador, en el que se entrelazan todas las manifestaciones literarias que acostumbramos a separar en géneros.

¿Y el biógrafo? ¿Qué es? Usualmente tampoco saben cómo clasificarlo. Algunos le llaman crítico, otros ensayista, algunos historiador o erudito, cuando el verdadero nombre es el de artista, porque la biografía es un arte.

Cuando Goya pintaba retratos, aquellos impresionantes retratos del Conde de Fernán Núñez, de la Condesa de Chinchón, de la Tirana, de todos los personajes de la familia de Carlos IV, de Jovellanos, de Moratín, de Godoy, estaba haciendo biografía. ¿Y era por eso menos artista que cuando pintaba *Los fusilamientos de la Moncloa* (que también pudiera ser retrato anónimo), *La carga de los mamelucos*, o un paisaje de *La pradera de San Isidro*?

*La maja* de Goya es una biografía pictórica. El *Autorretrato* de Goya es la *Autobiografía* del artista.

La biografía en literatura es equivalente al retrato en pintura. Lo mismo me da ver el retrato del Duque de Wellington de Goya, que leer la biografía del mismo Duque, hecha por un buen biógrafo, que

---

\* Conferencia pronunciada el 20 de abril de 1967 en la Sociedad Argentina de Escritores en Buenos Aires.